

# Colapso capitalista y reencantamiento civilizatorio

*Hipótesis para pensar la contribución histórica del materialismo poético*

Publicado originalmente en Salamandra nº21-22.

Ya no es tiempo de mimar nuestras subjetividades personales como un bonsái. Tampoco de seguir replegados en los ritos de la propia tribu, entregados a un juego de reconocimiento mutuo, en el que nos confirmamos los unos a los otros que somos lo que queremos ser. En el lento pero irreversible colapso del metabolismo capitalista, la historia triturará a quienes no recuperen las pretensiones hermosamente desmesuradas. Para el surrealismo eso sólo puede significar una cosa: volver a tomar conciencia de que su sentido último es ser un *proyecto civilizatorio*.

## Panorámica del colapso capitalista<sup>1</sup>

En la historia del pensamiento revolucionario, el tono profético ha jugado suficientes malas pasadas como para que ya casi nadie se atreva a hacer predicciones. O a pensar siquiera en una perspectiva estratégica de largo plazo. Y menos cuando el oráculo anuncia el colapso capitalista. Sin embargo esta vez hay indicios concluyentes para pensar que la actual crisis de la civilización de la mercancía es una crisis terminal, una crisis de vejez. Otro mundo no sólo es posible, sino como dice Jorge Riechmann, es esencialmente inevitable, y nos iremos adentrando en él a medida que avance el siglo XXI. Por supuesto siempre pensando en coordenadas históricas, y no dejándonos llevar por la imagen cinematográfica de un desplome repentino.

Hablo de crisis de civilización porque el carácter multidimensional de las turbulencias sociales del presente desborda toda categorización parcial, y lo hace bajo cualquiera de sus distintos rótulos: crisis económica, financiera, energética, ecológica, alimentaria, política, de cuidados. Hablo de metabolismo capitalista industrial porque nuestro patrón civilizatorio es el de una civilización técnico-mercantil, que tiene en el dominio ejercido por las formas sociales fetichistas mercancía, valor, trabajo abstracto y dinero, su núcleo de singularidad histórica. Formas sociales que a su vez no se dan exentas y en abstracto, sino empotradas en los contenidos materiales de la tecnosfera industrial, que hace mucho tiempo que ha dejado de ser un conjunto de artefactos que prolongan los órganos del cuerpo humano para convertirse en un dispositivo autónomo y autorreplicante. Un totalitarismo tecnocrático en palabras de Anders.

La primera gran crisis estructural que sacude al capitalismo en el siglo XXI, y compromete su viabilidad como civilización, es el llamado fin de la sociedad del trabajo. Marx reconoció que su gran aporte teórico, poco comprendido por el marxismo tradicional o exotérico<sup>2</sup>, fue descubrir que en el capitalismo co-existen, en perpetua contradicción, dos tipos de riqueza: la riqueza material, que son las cosas del mundo que nos sirven para satisfacer necesidades y deseos, y el valor, que es tiempo de trabajo abstracto intercambiable, que tras un complejo proceso de mediación social, se nos presenta y se nos hace familiar en forma de dinero. La acumulación de dinero es el objetivo central que esta sociedad te impone, en un proceso en el que la satisfacción

---

<sup>1</sup> Una exposición más detalla de esta cuestión, amparada por una amplia batería de datos, podrá leerse en el libro *El cielo bajos los escombros*, que será publicado próximamente.

<sup>2</sup> Robert Kurz distingue dos niveles en el pensamiento de Marx. Un nivel exotérico, que sería la lectura de Marx realizada sobre todo por Engels y popularizada a través del leninismo, que podría tipificarse como el Marx del Manifiesto Comunista, y un Marx esotérico, que esbozó una revolución teórica radical en libros como los *Grundrisse* o *El Capital*. La diferencia entre estos dos Marx estribarían en que mientras la lectura de Marx populariza entiende a Marx como un autor que hizo una economía política crítica (asumiendo el universo conceptual de la ciencia económica y añadiendo la cuestión de la explotación), la lectura esotérica interpreta a Marx como un crítico de la economía política, considerando que las categorías como valor y trabajo no son ontológicas, sino históricas, algo propio del capitalismo, poniendo entonces más énfasis en la mera existencia del valor que en su extracción a través del plusvalor.

de cualquier necesidad es un mero daño colateral del incremento de los beneficios. Acumulación a la que se nos obliga no como efecto de una conspiración burguesa, sino como consecuencia de una dinámica abstracta, coercitiva e impersonal, en la que el propio capital se *autovaloriza como sujeto automático*. Es decir, las clases sociales no son las generadoras de esta sociedad, sino sus criaturas.

Marx también descubrió otro fenómeno fundamental: el capitalismo está afectado por una especie de maldición o deformación congénita, que traducida al balance contable de las empresas puede llamarse caída de la tasa de ganancia. Los capitalistas, a medida que invierten, sacan menos beneficios de sus inversiones, lo que conduce a una parálisis de la economía si esta tendencia no se contrarresta con algo que permita ampliar los beneficios. La caída de la tasa de ganancia es una manifestación superficial de una realidad mucho más profunda y compleja: el proceso histórico de pérdida de peso del trabajo abstracto en la generación de riqueza material. Las empresas capitalistas, obligadas por la competencia, tienen que crecer o arruinarse en un incremento constante de la productividad que se realiza o bien por un aumento del grado de explotación de sus trabajadores o bien mediante la progresiva sustitución del trabajo humano por tecnología. Esto otorga cierta ventaja en el corto plazo a una empresa, pero se convierte en un nuevo nivel de productividad base cuando la tecnología se generaliza, lo que obliga a seguir aumentando la productividad. A su vez la sustitución del ser humano por máquinas estrecha el único lugar del que proviene el plusvalor, y por tanto los beneficios, que es la explotación del trabajo humano. Lo que sigue obligando a intensificar la productividad en una carrera demencial donde el capitalismo se mantiene en pie de la única forma que sabe caminar, que es huyendo hacia delante y corriendo más rápido que su predisposición a derrumbarse.

Durante el siglo XX esta dinámica suicida se ha compensado porque el mercado de ciertos bienes se expandía al mismo ritmo que el crecimiento de la productividad y el abaratamiento de las mercancías. De esta forma productos de lujo, como los automóviles, los electrodomésticos o el turismo, se convirtieron en productos de masas. Nació así el régimen de acumulación fordista, bajo el paraguas de un proyecto político muy específico como fue el del keynesianismo y el pacto social de posguerra. Sin embargo en la tercera revolución industrial, con el paso a la microelectrónica, se produce una ruptura en este proceso, una especie de mutación cualitativa. Como defiende Kurz desde los años 70 el capitalismo ha cruzado un umbral de evolución técnica que lo vuelve demasiado desarrollado para sus propias formas sociales. La causa última es la introducción de la robótica y la microelectrónica como factores de producción tan ahorradores de trabajo que el trabajo mismo se está volviendo algo obsoleto. Casi un anacronismo, como en el presente es el honor por el que se mataban antaño los caballeros feudales. Hoy apenas hace falta trabajo para mantener el sistema productivo funcionando y en un futuro, según afirma Carsten Sorensen, un gurú del London School of Economics, todo el proceso productivo será controlado por las máquinas y los trabajadores, salvo algunos puestos de élite, vivirán en el subempleo permanente.

La caída estructural de los beneficios capitalistas, asociada a la reducción al absurdo del trabajo que empezó hace 40 años, ha sido contrapesada mediante diversos procedimientos. Estos explican porque hemos vivido bajo la ilusión de una época de bonanza y vacas gordas cuando realmente estábamos, simplemente, dotándonos de una prórroga para relamer un sistema agotado: la gran apertura del mercado mundial tras la caída de la URSS y la reconversión al capitalismo de mercado China; el desarrollo compulsivo de nuevos mercados hasta el absurdo: hoy se paga ya por cosas como buscar trabajo o ponerle los cuernos a tu pareja, y está en los planes incluso cobrar y pagar por los servicios biosféricos que brinda el planeta; el agravamiento de las condiciones de explotación laboral: extensión de la precariedad, contratos basura, trabajo temporal, trabajo obligatorio en las cárceles, el doble juego de la inmigración ilegal, permitida pero perseguida para evitar su organización y forzar a la baja los salarios nacionales; la financiarización y las burbujas: como la economía real ya no es rentable, todas las inversiones se desplazan a la multiplicación financiera de los panes y los peces, que lejos de ser

un milagro ha demostrado no ser más que una trampa, que hoy se desploma sobre nosotros en un juego de las sillas perverso, donde hay mucho más dinero inventado que riqueza material sobre la que sentarse cuando se para la música.

El choque de la acumulación capitalista con sus propios límites internos absolutos invita a lecturas pesimistas y optimistas. Los escépticos esperan la reinención de un nuevo ciclo de acumulación tras una gran limpieza de armario en forma de crisis devastadora. Los más utópicos anuncian que estas señales son una prueba de que el contexto tecnológico- social, las condiciones objetivas como se decía antaño, está realmente maduro para construir el comunismo. Pero el factor clave, que anula los desengaños de unos, destroza las esperanzas de otros y cambia por completo el escenario en el que debemos pensar, es que el propio ahogo de la sociedad del trabajo se encuentra comprometido por otro límite que Marx apenas pudo intuir. Y cuando lo hizo no extrajo de él sus implicaciones profundas. Se trata de un límite externo a la acumulación de capital, provocado por la depredación de los recursos naturales que alimentan el metabolismo de nuestras sociedades.

Un planeta es un arma de un solo disparo, un disparo que la primera especie inteligente que emerja del proceso evolutivo tiene que administrar con sabiduría o perecer. La bala de ese disparo son los combustibles fósiles: una lotería energética que permite acometer las transformaciones materiales decisivas, como por ejemplo las transformaciones para que nuestra sociedad se libere de la maldición del ganar dinero por ganar dinero y del crecimiento como un fin en sí mismo. El grupo Krisis, en su *Manifiesto contra el trabajo*, se pregunta: “¿Por qué dejar que suden centenares de cuerpos humanos cuando unas pocas segadoras lo hacen todo? ¿Para qué gastar el espíritu en una rutina que el ordenador ejecuta sin ningún problema?”. El gran drama de nuestro futuro, que se convertirá en la tragedia final del mito progreso, es que quizá ya no tengamos petróleo suficiente para mover segadoras ni desplazar por el mundo los materiales y las piezas que nos permitan construir ordenadores.

Resulta obvio que en un planeta finito ninguna sociedad puede crecer hasta el infinito como está inscrito, como un destino, en el código genético capitalista. Y que por tanto, más tarde o más temprano, el capitalismo está llamado a chocar con los límites que impone la naturaleza. Desde hace un tiempo este choque ha dejado de ser una hipótesis teórica para convertirse en un hecho objetivo e indiscutible que ya ha empezado: en el año 2006 sobrepasamos oficialmente el pico del petróleo convencional. Esto es, el momento máximo de la historia en la producción de ese petróleo que ha servido de sustento para la segunda revolución industrial.

Es imposible exagerar la dependencia de nuestras sociedades respecto a un flujo de petróleo barato de alta calidad. Los combustibles fósiles son el 80% de la energía primaria que empleamos, y el petróleo el 96% del transporte del mundo. Este dato revela su verdadero peso si comprendemos que habitamos un planeta productivamente deslocalizado, donde las materias primas y las personas no paran de moverse de un lado para otro del mundo en un loco frenesí. Sobra decir que el petróleo es la materia prima de la petroquímica y por tanto de más de 3.000 productos cotidianos fundamentales, desde medicinas a piezas informáticas. Y dos cuestiones de suma importancia. La primera es que en las sociedades industriales, 9 de cada 10 calorías que comemos son petróleo (maquinaria agrícola, pesticidas, fertilizantes, transporte a las ciudades) por lo que una disrupción de petróleo significa, con este modelo de agricultura, hambre. La segunda, que no pudo darse crecimiento económico sin un aumento del consumo de energía: la famosa desmaterialización de la economía de servicios es un espejismo. Por tanto, cuando sube el precio del petróleo sube el precio de todo, especialmente los alimentos, y la economía mundial entra en recesión. Donde está el nudo gordiano de este problema es que el petróleo ha sobrepasado ya su punto máximo de producción y nunca jamás volverá a ser barato.

En la década del 2000 hubo una intensa polémica entre geólogos pesimistas y optimistas por fechar el pico del petróleo. A grandes rasgos el debate enfrentaba a la geología institucional, la

Asociación Internacional de la Energía (AIE) con la ASPO, una red de científicos que empleaba la metodología de cálculo de reservas de King Hubbert, un geólogo de la Shell que predijo con acierto el pico del petróleo de EEUU casi 20 años antes de que ocurriera (desde 1970 EEUU está produciendo cada año menos petróleo). Mientras que la AIE afirmaba que nunca habría un pico antes del 2030, y que quizá no tuviera forma de pico sino de una meseta, la ASPO pronosticaba problemas de suministros a partir de la primera década del siglo XXI. Finalmente, los pesimistas acertaron y la AIE se vio obligada a reconocer a finales del 2010, y a regañadientes, que el pico del petróleo mundial había sido en el 2006. Esto es, en el 2006 se ha llegado al techo máximo de producción de la materia prima fundamental en la que se basa toda la economía moderna.

No es casualidad que un año más tarde (2007) los malabares financieros a los que se había entregado el capitalismo neoliberal se derrumbasen en la profunda crisis que hoy sigue teniendo a la economía global contra las cuerdas. Ni tampoco que desde varias décadas atrás los grandes poderes militares del mundo estén empleando la guerra colonial como un método para asegurarse el acceso a unas fuentes de energía cada vez más escasas (Irak es el ejemplo más evidente, pero podríamos hablar de muchos otros casos: desde las guerras del Cáucaso a Libia pasando por la intervención del imperialismo francés en Malí, cuya causa de fondo es el control de sus minas de uranio).

Los pesimistas ganaron la batalla, pero los optimistas no dan la guerra por perdida. En la década del 2010 el debate geológico se ha renovado. Ahora versa sobre las posibilidades de los petróleos no convencionales para ejercer como sustitutos del petróleo convencional. En esta fase de crisis de vejez el capitalismo sobrevive mediante subterfugios, que van posponiendo una y otra vez los golpes contra la realidad a costa de incrementar sucesivamente la altura de las futuras caídas. Burbuja de las puntocom, burbuja inmobiliaria, y actualmente mediante la creación de ingentes cantidades de capital ficticio (inyecciones de liquidez cada vez más delirantes, como la reciente del Banco de Japón). También mediante subterfugios energéticos, como las promesas de los petróleos no convencionales. Los cocientes de energía neta (Tasa de retorno energético) del primer petróleo convencional, ese que ahora mengua irreversiblemente, eran de 100 a 1. Si invertías la energía equivalente a un barril de petróleo obtenías cien. Los de los petróleos no convencionales en ningún caso superan una TRE de 10 a 1, y en mucho de ellos el resultado es bastante más pobre (4-1, 3-1). Bajo la luz cegadora de la mercancía las cualidades de las cosas se difuminan, pero pretender que ambos recursos son sustituibles es una falacia amparada en un truco de palabras: aunque ambos se llamen petróleo, cuesta defender que se traten de la misma sustancia.

De toda la baraja de los petróleos no convencionales la carta energética que ha despertado un mayor entusiasmo en los últimos dos años han sido los petróleos de esquisto, popularmente conocidos como petróleos de fracking. Los informes anuales de la AIE más recientes han anunciado que, gracias a la revolución del fracking, hacia el año 2030 EEUU podrá alcanzar el autoabastecimiento energético nacional e incluso exportar energía. Su amplio eco ha ayudado a generar un estado de opinión pública que considera superado el cuello de botella del pico del petróleo. Sin embargo, detrás de esta enésima reedición del triunfalismo energético y su pirotecnia mediática, los datos apuntan a que el fracking es, sencillamente, una nueva burbuja, tanto ideológica como energética y también especulativa. El prometedor futuro que hoy se augura con el petróleo de esquisto levantó pasiones similares, hace menos de una década, con el gas de esquisto. “La fiebre del gas” que sacudió EEUU a principios del 2000 está hoy siendo desenmascarada por la realidad de los datos: las tasas de declive de los pozos son extremas, de casi un 80% el primer año de explotación y algunos dejan de ser rentables antes de dos años. Ocho años después de la explosión jubilosa del 2005 las compañías involucradas en el juego del gas de esquisto han estado acumulando pérdidas trimestrales millonarias y generando las dinámicas propias de mercados agotados. En cuanto a la idea del autoabastecimiento energético de los Estados Unidos para el 2030, esta se desmorona para cualquiera que lea más allá del

titular. La AIE espera, para poder cumplirla, un aumento de la eficiencia energética sin parangón en la historia (o bien un escenario de recesión permanente que haga bajar el tamaño de la economía americana casi hasta la mitad de lo que es ahora) y trata como iguales al petróleo convencional, al de esquisto y al gas. Pero nuestras sociedades necesitan petróleo, no gas. Una quinta parte del gas del mundo se quema en los pozos de petróleo sin ni siquiera pensar en comercializarse.

Las cifras de retorno energético de las distintas fuentes de energía supuestamente alternativas al petróleo es uno de los elementos que llevan a concluir que no hay milagros energéticos basados en nuevas y fabulosas tecnologías esperando a la vuelta de la esquina. Y que por tanto resulta mucho más realista asumir, sencillamente, que la fiesta (cruel, injusta e histriónica) del crecimiento económico se ha terminado. Comprenderlo pasa por entender como muchas fuentes de energía distintas al petróleo funcionan subsidiadas energéticamente por el petróleo. Si tenemos en cuenta, por ejemplo, la construcción de la central y la minería del uranio, que es altamente consumidora de petróleo, la TRE de la energía nuclear desciende hasta un rango de 8:1. Lo mismo ocurre con las energías renovables, cuya construcción y mantenimiento es dependiente de enormes flotas de vehículos propulsados por motores de combustión interna moviendo materiales y trabajadores de un lugar a otro del mundo. De los biocombustibles resultan tasas de retorno energético extremadamente pobres, con el añadido de introducir un factor trágico de competición violenta por la tierra con capacidad fotosintética, cuando no directamente una competición entre combustibles y comida. La escasez de materiales también afecta a las energías renovables, altamente demandantes de recursos como cobre, fibra de acero o tierras raras. Y por supuesto a las otras grandes fuentes de energía mineral, como el carbón, el gas y el uranio, enfrentarán picos y declives irreversibles en el arco temporal de las próximas dos-tres décadas.

La primera revolución industrial se basó en la revolución energética del carbón. La segunda revolución industrial lo hizo en la revolución energética del petróleo. La tercera revolución industrial es una quimera llamada a fracasar porque no tiene, ni puede tener, una base energética que la sustente. Su fracaso arrastrará al mundo, durante las próximas décadas, a una serie de convulsiones sociales que derribarán gobiernos, modificarán fronteras, alimentarán insurrecciones y transformarán la cultura consumista espectacular en fórmulas de vida mucho más sencillas. La época lo grita en cada poro de su piel. Desde la conversión de Detroit, antigua capital mundial del automóvil, en una ciudad fantasma hasta las recomendaciones de la ONU de comer insectos, el dominio geopolítico que sacude Oriente Medio o los seis millones de parados españoles a los que la economía ya no puede integrar aunque algún keynesiano se empeñará en hacerlo disparando nuestra ya estratosférica deuda. Definitivamente los próximos 20 años no se van a parecer a nada de lo que habíamos imaginado.

### **El reencantamiento civilizatorio como urgencia histórica**

La civilización, tal y como lo conocemos, está sencillamente en quiebra. Pero su ruina no es sólo la ruina del capitalismo, sino también la de las bases materiales que hacían posible “*la sociedad de amos sin esclavos*” como lo llamaban los situacionistas, o el “*Reino de la Libertad*” en palabras de Marx. En la era en la que la modernización desemboca en la barbarie de la pura descomposición social, el fantasma del comunismo debe ser reinventado. Para ello, es importante que los revolucionarios dejemos de tomar como características esenciales del capitalismo rasgos culturales que no eran sino supervivencias precapitalistas. Ni la moral imperante es victoriana, ni la ideología dominante racional, ni el sentido popular de la vida religioso.

Hace mucho tiempo que el capitalismo dejó de ser el partido del orden. El papel que juega el progresismo cultural más radical en la reproducción de las mitologías capitalistas posmodernas y sus delirios tecnológicos no es pequeño: nihilismo moral, rechazo a cualquier noción de

naturaleza humana, ruptura de la idea de límite, confusión de felicidad y placer, individualismo, inmediatismo aristocrático, sociabilidad fugaz e infantil: bases mentales que hacen posible que el hedonismo de mercado más miserable sea cultura de masas. “*Lo queremos todo y ahora*” ya no es un grito de liberad, sino una consigna vacía que, en las condiciones materiales impuestas por el colapso capitalista, sólo puede servir como preámbulo para el eco-fascismo.

La austeridad es una idea a reivindicar. Aunque unos mucho más que otros, todos los habitantes del capitalismo desarrollado hemos vivido por encima de ciertas posibilidades, por ejemplo, energéticas. Por supuesto la austeridad que la emancipación ponga en juego tiene que ser de una naturaleza muy distinta a la austeridad criminal impuesta a los pobres por los administradores de la economía capitalista. Pero también debe diferenciarse de la austeridad vital que pensadores contra la técnica como Kaczynski reclaman, en la que retomando una tradición espartana que se remonta a la utopía de la República Dórica de Platón (en la que estaban prohibidos los poetas), se prescribe como deseable una sociedad centrada en la satisfacción esforzada de las necesidades biológicas.

A pesar de sus muchos extravíos, los situacionistas serán siempre reivindicables en una cuestión esencial: el problema revolucionario no es la supervivencia, sino la vida. Lo odioso del capitalismo no es sólo la explotación en tanto que robo, sino la conversión del día a día a un absurdo “*enraizado en modos de producción y de vida estructurados por formas de las relaciones sociales que moldean tanto la producción como las vidas de las personas como segmentos de un proceso continuo sin un fin sustantivo*” (Postone). La inutilidad de hacerse adulto fue sobrevalorada por aquellos que esperaban de ella un nuevo asalto a los cielos, pero sigue siendo un factor esencial de desencanto. Sin embargo, en el colapso capitalista, la nueva pobreza espectacular (el aislamiento, la soledad, “la sensación torturante de estar al margen de la existencia”) vuelve a combinarse con la vieja pobreza, la de pan, techo y medicinas, porque todos nuestros países se han convertido en países *en vías de subdesarrollo*. Nos encontramos en el umbral de una gran depresión sin fin, que reducirá severamente, e independientemente de cualquier operación de distribución de la riqueza con la que podamos fantasear, nuestros estándares energéticos y materiales de vida. Que esta situación de penuria no abone el utilitarismo vulgar, y el supervivencialismo de miras más cortas, es ahí donde la emancipación se juega seguir siendo emancipadora. El objetivo prioritario es defender un modelo de revolución que aspire a construir condiciones colectivas para vivir vidas plenas en un contexto en el que todo conspirará para rebajarlo.

Entre el hedonismo homicida que alimenta la expansión militar capitalista y la frugalidad mortificante que algunos conciben como alternativa sólo hay un camino posible: buscar la austeridad en el consumo de energía y materiales y buscar, complementariamente, la abundancia de tiempo, de relaciones sociales, de sentidos significativos, de experiencias maravillosas. Esto desborda con mucho una mera cuestión biográfica. Por ejemplo, interesantes experiencias de comunidades pos-capitalistas fracasan por quedar enfangadas en la supervivencia sin más. Pero ser capaces de construir una idea de vida buena, incluso de vida en plenitud, basada en unos *votos colectivos de lujosa pobreza* es mucho más que un reto personal o comunitario. Es, exactamente, la disputa que determinará el futuro del mundo. Si no somos capaces de proponer un proyecto revolucionario en el que la reducción del consumo energético y material sea una aventura excitante, los imaginarios colectivos bascularán hacia soluciones totalitarias, que prometan conservar algo de la opulencia perdida por el ecocidio, aunque sea al precio de desatar el genocidio.

El eco-fascismo moderno no es una corriente de ideas marginal. Más allá de los herederos del ecologismo naturalista y vitalista que germinó en el suelo de las cosmovisiones fascistas a principios de siglo, es hoy, sin sus connotaciones espirituales, un ideario común en una buena parte de las élites tecnocráticas del poder capitalista. El escenario de escasez material combinada con la bomba poblacional anima a muchos a fantasear con políticas social-

darwinianas de corte eugenésico y factura totalitaria. Por ejemplo el climatólogo David Shearmam, miembro del Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático de la ONU, afirma en uno de sus libros que un reto como el del cambio climático exige la supresión de la democracia: “*el gobierno en el futuro estará basado en una oficina suprema sobre la biosfera. La oficina alojará a filósofos/ecologistas entrenados. Estos guardianes o bien gobernarán ellos mismos o aconsejarán a un gobierno autoritario sobre políticas basadas en su conocimiento de la ecología y las sensibilidades filosóficas. Estos guardianes estarán especialmente entrenados para tal tarea*”. En la misma línea James Lovelock, creador de la Hipótesis Gaia dijo recientemente a los medios que la democracia podía dejarse en ‘standby’ en aras a combatir el cambio climático.

No seré yo quien llore la muerte de un régimen institucional que no es más que un marco regulatorio para el sistema productor de mercancías, donde las posibilidades de tomar decisiones públicas significativas son minúsculas. Pero si el sustituto del actual sistema de gobierno no es la descentralización del poder, esto es, la asamblea en el municipio y la federación de consejos en el país, sino una dictadura militar promotora del terror, entonces la democracia que adjetivamos como burguesa se tornará un mal menor. Y es que en comparación con los aberrantes proyectos del eco-fascismo, hasta los republicanos norteamericanos parecen hombres de paz. Así por ejemplo durante un discurso en la Academia de Ciencias de Texas en 2006 el doctor Eric R. Pianka, biólogo americano en la Universidad de Texas, abogaba por la necesidad de exterminar al 90% de la población mundial por medio del virus del ébola para así descargar la tensión demográfica. Ya en 1977 el científico John P. Holdren llamaba a formar un régimen planetario para forzar las esterilizaciones en masa, y animaba a introducir drogas en el suministro de agua que contribuyera a eliminar *el sobrante humano*. Carl Amery lo anunció hace unos años: Hitler quizá no fue una excepción histórica, sino un precedente.

Si el “*paso angosto del siglo XXI*” (Amigos de Ludd) queremos enfrentarlo desde un proyecto emancipador con perspectivas de victoria, este debe ser *entusiasmante*. Lo que significa compensar la pérdida de la abundancia energética con la ilusión de poder levantar, colectivamente, una nueva civilización reencantada. Civilización que sólo podemos imaginar a través del enraizamiento, práctico, experimental y en la vida de millones de personas de eso que los surrealistas llamamos poesía.

### **El materialismo poético y sus potencialidades**

La reivindicación surrealista de la poesía implica una redefinición que rompe con el uso común del término poético: la poesía desborda con mucho el poema para hacer referencia a un modo de estar en el mundo. Se entiende así por poesía toda acción que tienda a dignificar y elevar la vida del ser humano, desplegando lo mejor de su condición. La poesía se realiza en el cumplimiento del deseo concreto, en el recentramiento la experiencia, y se siente como disfrute de la soberanía vital. También en el contacto con lo maravilloso, esa cualidad de ciertos fenómenos del mundo que producen un lapsus de admiración, por pérdida en la extensión de la realidad y una vivencia de la plenitud (Mumford). Desde estas coordenadas, la poesía puede manifestarse entonces en formas potencialmente infinitas: en el amor, en la amistad, callejeando, en un disturbio, en la pereza robada y en el esfuerzo querido, o también en un poema, una canción o un postre. La poesía se da en todas las épocas y en todas las circunstancias y es irreductible ante cualquier alienación, porque está en su esencia ser un fin en sí misma, y por tanto algo inútil en términos instrumentales.

La poesía así entendida es algo común: lo poético es una experiencia que todo ser humano puede tener, tiene o ha tenido, sin excepción. Frente a la concepción aristocrática que subyace a la cosmovisión artística que atraviesa todo nuestro sistema cultural, la poesía como objetivo y como mito social prefigura un sistema cultural completamente distinto: el comunismo del genio.

Arraigar la poesía como *contenido de civilización* es una tarea que exigirá un largo proceso de clarificación, hoy todavía en fase de balbuceo en la boca de muchos revolucionarios en todo el planeta, y que en el Grupo Surrealista de Madrid hemos denominado materialismo poético. El materialismo poético no será una doctrina cerrada, sino un proceso de cabotaje teórico (en base a ciertas prácticas concretas) así como una reflexión sobre las condiciones de su contagio. Y por supuesto su destino es no ser más que un pequeño afluente que se pierda en el caudal majestuoso y fértil (Lautreamont) de la revolución.

Materialista porque niega cualquier idea de trascendencia espiritual. La presencia de un Dios creador no exalta la naturaleza y la vida, sino que las degrada, imposibilitando la vivencia de lo maravilloso, que queda rebajado a la categoría mucho más pobre de milagro. Materialista también porque aspira, cuando madure, a discutir con otras corrientes de pensamiento materialistas, como el materialismo histórico, y ayudar a superar alguno de sus tics.

La relación del surrealismo con el materialismo poético es evidente, porque ambos se colocan en el terreno de la pregunta por la cultura y las formas de vida como esfera susceptible de transformación social, al mismo nivel que las relaciones productivas o la organización política. Si el materialismo poético es una enunciación surrealista o una actualización del espíritu que impulsó el surrealismo a las condiciones sociales del siglo XXI, es un debate genealógico que me resulta irrelevante. Me gusta pensar el materialismo poético *como un surrealismo que ha perdido el miedo a perderse, que ha perdido el miedo a dejar de ser un ismo.*

El mérito histórico de movimientos como el surrealismo o grupos como la I.S fue entrar de lleno en el problema, casi inédito en la teoría revolucionaria, de pensar y practicar lo que podría ser el marco cultural de una sociedad sin clases: exploración de las pasiones, atención por los sueños, por el encuentro y el vagar, comunicación libre, conductas cotidiana experimentales, juego colectivo frente a expresión individual, construcción de momentos frente a objetivación de sentimientos. En el presente, la pregunta por el cambio cultural que debe acompañar la emancipación necesita adaptarse al escenario de escasez energética y material en ciernes. El programa situacionista, que sigue siendo válido en su esencia, ha sido derrotado en sus contenidos concretos: por el fracaso del segundo asalto proletario a la sociedad de clases, por su *repliegue sobre un programa que también fue insuficiente* (la civilización lúdica ha tenido una realización tenebrosa en los videojuegos); porque el colapso del capitalismo industrial invalida la tecnofilia situacionista, que levantaba todo su proyecto sobre la base de la automatización y de un desmedido desarrollo técnico. En un mundo en el que la situación construida ya no debe ir, por mera contención ecológica, mucho más lejos de una orgía o una guerra de globos de agua, muchas ideas situacionistas tienen que ser reexaminadas y reconducidas hacia una formulación más humilde. En este sentido, proyectos como el surrealismo, de corte más esencialista, se descubre jugando un importante papel como arsenal de esas *armas milagrosas* que debe movilizar la transición hacia nuevas prácticas colectivas de reencantamiento del mundo. Necesitamos una poesía sencilla compatible con la *“caída brutal de la producción prehistórica”*, que es como Debord denominó a la moderna idea de decrecimiento, y que es ya un prerrequisito de cualquier proyecto pos-capitalista.

Pero si el surrealismo o el materialismo poético quieren ejercer el papel revolucionario que les corresponde, deben tomar conciencia de que su práctica desborda, y mucho, la discursividad que los poseedores de la palabra surrealista o materialista poética puedan construir. Julio Monteverde afirma, con acierto, que la gente puede hacer uso de la escritura automática sin tener la menor idea de lo que significa la palabra surrealista. Pero más importante es que la gente ya hace millones de cosas, sin necesidad de ningún amparo teórico, que por su cualidad intensificadora y apasionante merecerían entrar a formar parte de ese arsenal de armas milagrosas. Malversando un par de conceptos antropológicos pasados de moda, el surrealismo emic siempre será la punta del iceberg del hacer surrealista etic y, felizmente, no puede ser de otra manera.



Reconocer la banalidad de que los grupos surrealistas no tienen el monopolio de la experimentación poética es importante porque la misión surrealista se desmerece al caer en la trampa de la identidad o en el fetichismo del estereotipo. La existencia de un canon surrealista, y los celos de desligarse de él, es la prueba más contundente de todo un fracaso histórico. La continuidad del proyecto del surrealismo (transformar el mundo y cambiar la vida), y el materialismo poético no es otra cosa, no ha de darse ni en sus técnicas ni en sus expresiones conceptuales, que pueden ser históricamente contingentes (desde la construcción de objetos hasta el papel del inconsciente, pasando por la ciudad de París o la filosofía monista hegeliana) sino en su sentido profundo: la práctica de la poesía y la exploración de la sobrepotencia de la realidad. El desafío que arrojó Jean Schuster tras la muerte de Breton debe ser contestado hasta las últimas consecuencias: el surrealismo nunca será eterno, sino un movimiento *radicalmente histórico* porque, paradójicamente, se enfrenta a una cuestión antropológica que se da en todo lugar y todas las épocas: el deseo de recreación en las más altas potencias humanas. La posibilidad de realizar este deseo varía según la evolución cultural y la dialéctica del ser humano tanto consigo mismo como con la naturaleza. Por ello la satisfacción del deseo y la experimentación de lo maravilloso no se pueden realizar sino es a través de unas prácticas históricamente afinadas, contingentes, siempre mudables.

Creo que el materialismo poético debe asumir, hasta las últimas consecuencias, que la poesía es una *zona de libertad ilimitada*. Entran en ella los descubrimientos del surrealismo, como por ejemplo el azar objetivo, la deriva, la escritura automática o el amor loco. Pero también otras muchas cosas que el surrealismo nunca ha hecho suyas, como la construcción de casas en los árboles, la papiroflexia, los baños de olas, el tiro con arco, la contemplación de hormigas al amanecer, un concurso de pedos o dormir la siesta. Aquí se abre un terreno de reflexión resbaladizo y excitante: ¿somos capaces de abrazar sinceramente el comunismo del genio, y por tanto de desprendernos realmente de toda jerarquía que organice los medios que empleamos para la experiencia poética? ¿No se corre el peligro de caer esto en la apología “*del pequeño placer del día y el pequeño placer de la noche*” (Nietzsche), que a veces entendemos como el arquetipo del miserable bienestar burgués y por tanto como las antípodas de una vida bajo el signo de la aventura? ¿Qué ocurre en el caso de aquellas prácticas poéticas que son *socialmente catalogadas* como artísticas, desde pintar un lienzo a escribir una novela?

Puesto que ya jamás podremos extraviarnos en ciudades-laberintos, ni saltar desde helicópteros a punto de explotar en juegos equipados por la abundancia del comunismo, que era la perspectiva histórica que a personas como los situacionistas les podía permitir despreciar ciertos procedimientos por considerarlos *superables*, creo que es preciso *reivindicar la inocencia*. Escribir un cuento infantil o tocar en una banda de rock pueden ser métodos tan válidos para experimentar la poesía como la psicogeografía o el automatismo.

Medio siglo después de la demoledora crítica situacionista al arte contemporáneo, y considerando el papel activo que la ideología artística tiene en la represión de la poesía como aventura de masas, es evidente que el materialismo poético ni puede ni debe reconciliarse con el arte. El arte, lejos de ser una categoría histórica universal, es una forma histórica fetichista de constitución social de la creatividad que tiene componentes patológicos y consecuencias nefastas. Pero es preciso hacer alguna aclaración. Tras su agotamiento cualitativo (que podría fijarse en la negatividad extrema del dadaísmo) el arte siguió dos caminos, uno estéril (la inflación de naderías, estafas y remakes vanidosos de cosas que quizá tuvieron algún sentido en 1920) y otro interesante: la democratización de sus diversos métodos y procedimientos entre amplias capas de la población. Esto ha supuesto el ensanchamiento de la ideología artística, pero también el vaciamiento completo de su sentido social, dejando un hueco en el que una cierta poesía, entendida sin jerarquías ni estereotipos, emerge de forma natural aunque todavía *inconsciente*. Y es que hoy en el mundo pueden ser cientos de millones las vocaciones artísticas, pero como la industria cultural apenas puede recuperar una parte ínfima de ellas,

reconociéndolas como arte y entregándoles la certificación de lo profesional, su estatus artístico es muy débil. Pensamos en el tipo de poesía que experimenta una pandilla de adolescentes bailando breakdance o una señora realizando encaje de bolillos. Aunque se sueñen artistas, socialmente no lo son. Pero todavía hay más: incluso desde una óptica de vanguardia, que hay que cuestionar, nos sorprendería descubrir la cantidad de fenómenos poéticos innovadores que hoy experimenta la gente común y que hacen palidecer nuestros cánones surrealistas: desde las razzías psicogeográficas de los grafiteros que pintan vagones de metro jugándose la cárcel hasta los delirios imaginativos de personas cuya pasión es diseñar minuciosamente especies animales completamente nuevas con auténtica precisión científica, en las que se detalla desde la musculatura hasta sus hipotéticos comportamientos ecológicos.

Defiendo que el materialismo poético tiene que hacerse cargo de todas estas prácticas, que son poesía latente que ya viven millones, construyendo una cosmovisión que las aleje de las escuálidas y venenosas promesas del arte y que ayude a forjar su valor en la revolución cultural. Para hacerlo, es posible que el materialismo poético necesite un periodo de cuestionamiento radical de algunos de sus postulados heredados. La tradición surrealista-situacionista nos legó una serie de axiomas sobre la poesía y su vivencia que puede ser interesante problematizar. La tarea desborda los límites de este texto, y mucho más los límites de mi capacidad. Me limito a enumerar algunos y bosquejarlos sin entrar en una discusión que, de ser, será colectiva y de largo aliento.

*-Las tensiones de la dicotomía teoría-práctica:* la superación de la dicotomía teoría-praxis no implica su fusión en un momento unitario, sino su articulación dialéctica. Se trata de momentos diferenciados, cualitativamente distintos, que exigen disposiciones distintas y ambos son necesarios.

*-La sobrevaloración de la originalidad:* en el campo del arte, la originalidad podía ser un valor apreciable, lo que empujaba a los artistas a una práctica obsesiva de la innovación; para transformar el mundo y cambiar la vida la originalidad es una tontería sin importancia, y es preciso, por el contrario, ser recurrente e insistir en lo obvio. Los cambios sociales no van de lucir ingenio.

*-Lo maravilloso como fenómeno singular:* ¿lo maravilloso tiene que ser extraño, extravagante o poco común? Hay una normalidad de lo maravilloso que puebla frondosamente la sensualidad cotidiana (tomar el sol, el sabor de una comida que guste, el sexo, cuidar plantas). Su vivencia no tiene la repercusión de esos acontecimientos que “*relampaguean iluminando toda una vida*”, pero sin duda necesitamos también transitar por situaciones poéticas *menos extremas*.

*-El valor de la inconsciencia y la irracionalidad.* Debord ya cuestionó la esperanza que el surrealismo depositó en el inconsciente: “*Ahora sabemos que la imaginación inconsciente es pobre, que la escritura automática es monótona, y que todo un género de insólito (...) es extremadamente poco sorprendente*”. Sin compartir completamente su análisis, es evidente que lo inconsciente no puede ser ni la única fuente de poesía, ni una ley para las sorpresas. A la vez insistir en que, en el contexto histórico actual, el rechazo surrealista a la racionalidad, a veces inconsistentemente ligada a la cultura occidental, y la apología del irracionalismo y las “*potencias nocturnas*”, entra en perfecta consonancia con las más irracional y salvaje de las sociedades fetichistas: el capitalismo, un canibalismo tan irracional que es capaz de devorar su propio futuro.

*-La idea de autenticidad:* la defensa de la autenticidad de los deseos como criterio para distinguir la poesía se enfrenta a la dificultad de pensar la idea de lo auténtico. Es evidente que la mistificación social que promueve el espectáculo es avasalladora, y muchos de nuestros impulsos y demandas pueden considerarse construidas, teledirigidas, artificiales. Pero concebir esto de un modo cerrado puede llevar a planteamientos tenebrosos como el del “*trabajo con los*

*deseos*". Además, la búsqueda de la autenticidad impide desviar estos dispositivos hacia un uso más liberador. Es importante no pensar que el espectáculo y su maquinaria de malos sueños es omnipotente. Como cualquier otra cosa, la cuestión del deseo es siempre mestiza.

-*La confusión de mediación y alienación*: la experiencia de lo maravilloso, así como la poesía, está siempre mediada. Por el lenguaje, por ideas como la de lo maravilloso, sin la que sería inconcebible. Propongo romper con la concepción de lo maravilloso como una especie de acceso directo a la realidad, de comunión mística, ser agua en el agua que diría Bataille, porque la mediación simbólica es constitutiva de la experiencia humana. El instante, como afirmaba Bloch, siempre es oscuro, nunca es absolutamente significante. Posteriormente, después de vivirlo, hay que reconstruirlo, recrearlo en diferido, sin que por ello pierda necesariamente intensidad. Si cada vez que representamos los hechos poéticos en colores resplandecientes estos envejecieran, entonces sería mucho mejor, y más coherente, vivir sin más y callar.

-*La filosofía hegeliana*: tanto el surrealismo como la teoría situacionista crecieron a la sombra de la filosofía hegeliana y su apuesta por la unidad del mundo subsumido en una totalidad, la superación de los contrarios a través de grandes saltos cualitativos o la importancia de la negación. Bretón afirmaba en 1952 que donde la dialéctica hegeliana no funcionaba no existía, para él, "esperanza de verdad". En el plano de la revolución social la impronta hegeliana ha sido fundamental para explicar algunas falacias teóricas, que se convirtieron en errores estratégicos y después en desastres políticos e históricos. Conviene pensar y problematizar también la sombra de la filosofía de Hegel en el plano poético de la revolución.

Cierro con una breve reflexión sobre nuestras prácticas poéticas y experimentales.

Es evidente que la poesía es una experiencia inalienable, ya emancipada, que no puede ser concebida como una práctica instrumentalizada al servicio de un programa político. Reconozco a su vez que, paradójicamente, la generalización de una vida inspirada y al alcance de todos, a través de la extensión de un *paradigma poético de civilización*, es la ambición más noble del proyecto revolucionario histórico. Y como he argumentado, bajo el derrumbe capitalista no sólo mantenerse fieles a estas aspiraciones reencantatorias, sino desarrollarlas más allá de todo lo conocido hasta ahora en cuanto a su arraigo popular, puede suponer la única posibilidad que un movimiento emancipador puede tener para imponerse a un fascismo que florecerá prometiendo el retorno de la vieja (y nociva) opulencia.

Que la realización de la poesía y el reencantamiento del mundo formen parte de un movimiento emancipatorio como algo que no sea anecdótico, sino vertebral, exige dos cosas. La más básica es romper la especialización grupuscular que hoy monopoliza estas preocupaciones. Por lo menos hasta que la *poesía consciente de sí misma* se convierta en una práctica que impregne la totalidad de una cultura de lucha. Un taller de tactilismo, una sesión de experimentación erótica o una tarde de juego con las palabras debe compartir tiempo, espacio y personas con unas jornadas antirrepresivas, un taller sobre autodefensa o unas charlas sobre transgénicos. En segundo lugar, y ya fuera de los ambientes revolucionarios, el tipo de conductas experimentales que inspiran esta idea de la poesía debe transformarse en un movimiento de masas dentro de la cultura popular, como hoy pueda serlo el rock o el hip hop.

Resulta irrefutable que el materialismo poético no puede ser una aventura personal, como aquella en la que hoy se refugian muchos surrealistas replegados en la cárcel de la vida privada, girando como peonzas autistas sobre sus propios hallazgos. Pero con el metabolismo capitalista industrial en barrena, tampoco basta ya con el radio de acción de una comunidad, sea esta la de un pequeño grupo de afinidad o la toda comunidad surrealista internacional, si esta se mantiene hermética, funcionando como una suerte de secta autorreferencial.

Defiendo que nuestra actitud general debe transformarse hasta volverse mucho más centrífuga y mucho más valiente. Descubrir colectivamente la excitación poética de extender y contagiar nuestra concepción de la poesía, y hacerlo a través de discursos y sobre todo de prácticas. Planificar estrategias para impregnar los movimientos sociales, y la sociedad entera si fuera posible, de un ansia por lo maravilloso que sea plena, sencilla, fácil de vivir y humilde en sus requerimientos energéticos y materiales. Asumir, sin vergüenza ni complejos, la actitud del surrealismo histórico, pero desechando cualquier noción de vanguardia. Esto es, reconociéndonos como *pioneros de una nueva civilización*, pero rodeados, a nuestro bien, de millones de pioneros con los que podemos y debemos tejer complicidades tras romper con nuestros cánones (que es a la actividad poética lo que la ideología es el pensamiento).

El desarrollo masivo de la poesía como pauta cultural que gravite alrededor de lo maravilloso, si complementariamente se da dentro de un movimiento revolucionario más amplio, puede ser el catalizador para un reencantamiento del mundo que nos permita defender una idea de vida buena en medio del decrecimiento forzado de nuestros sistemas económicos. De esta forma lo que hoy se antoja como un trauma social sin paliativos puede transformarse en un proceso de transición hacia realidades poscapitalistas con las que merezca la pena soñar.

Emilio Santiago Muíño